

El Movimiento en Psicomotricidad

Elena Herran.

*Maestra, psicomotricista, psicóloga,
profesora asociada del Departamento de Psicología Evolutiva y
de la Educación de la UPV-EHV.*

Resumen

Palabras clave: desarrollo, movimiento, emoción.

Los seres vivos se mueven; su sustrato biológico se organiza para la supervivencia, de lo que da cuenta el íntimo mecanismo del movimiento, y evolucionan hacia formas más complejas, o permanecen, y al hacerlo, con el paso del tiempo, involucionan y mueren. Los seres humanos prolongamos el movimiento a toda la actividad de la que somos capaces; inicialmente a la actividad física o motriz, a la que a menudo asimilamos la idea de movimiento, y a continuación a la actividad psíquica en todas las direcciones que ésta pueda tomar: actividad emocional, sensoriomotriz, ideatoria y de pensamiento, ideológica, tecnológica, etc., e incluso a otras que seguramente se escapen a nuestra conciencia actual. En el presente artículo reconceptualizamos el desarrollo psicomotor en la infancia, sus características, tendencias, automatismos, hitos, relaciones, actualizaciones, etc. para comprenderlo mejor. La calma, la seguridad que la comprensión produce es fundamental en la sala. Nos ayuda a aceptar la producción psicomotriz, en la que ahora sabemos intervenir con éxito para que la vida continúe. El movimiento es vida.

Palabras Clave

Palabras clave: desarrollo, movimiento, emoción.

Desarrollo psicomotor, movimiento, Wallon, psicomotricidad, tono, emociones.

Abstract

Palabras clave: desarrollo, movimiento, emoción.

Living beings move; their biological substrate is organised to survive, which is accounted by the intimate mechanism of movement, and evolve into more complex forms, or remain, and in doing so, with the passing of time, undergoes involution and die. Human beings extend movement to any activity which we are capable of; initially to the physical or motor activity, to which we often associate the idea of movement, and then to the psychical activity in all the directions this may take: emotional, sensor-motor, ideatory and of thought, ideological, technological activity, etc. and even others which surely escape our present conscience. In the present article we reconceptualise the psychomotor development in infancy, its characteristics, tendencies, automatisms, landmarks, actualisations, etc. to understand it better. The calmness, the security that comprehension produces is fundamental in the room. It helps to accept psy-

chomotor production, in which we now know how to intervene successfully so that life continues. Movement is life.

Key words

Psychomotor development, movement, Wallon, psychomotors, tone, emotions.

"Todas las cosas, si son buenas están relacionadas con el movimiento. O con la vida si así lo prefiere. Pero la vida no se ve y el movimiento sí. Yo diría que el movimiento es el otro nombre de la vida". (Bernardo Atxaga, 1993, Obabakoak 215)

El movimiento es cualidad de vida. Incluso lo inerte puede cambiar de lugar, estado o mutar como respuesta a cambios exteriores. Los seres vivos se mueven; su sustrato biológico se organiza para la supervivencia, de lo que da cuenta el íntimo mecanismo del movimiento y evolucionan hacia formas más complejas o permanecen, y al hacerlo, con el paso del tiempo, involucionan y mueren. Los seres humanos prolongamos el movimiento a toda la actividad de la que somos capaces; inicialmente a la actividad física o motriz, a la que a menudo limitamos la idea de movimiento, y a continuación a la actividad psíquica en todas las direcciones que ésta puede tomar, actividad emocional, social, ideatoria y de pensamiento, ideológica, tecnológica, etc., e incluso a otras que seguramente se escapan a nuestra conciencia actual.

La psicomotricidad pretende dar cuenta de una pequeña parte de estas actividades: la que desarrolla la

infancia en las sesiones dedicadas a la actividad psicomotriz de las que el movimiento es común protagonista. Aunque siempre va a ser distinto y único, podemos perfilar parte de su itinerario. Ahora nos toca pensarlo. Pensar el movimiento mismo, desde el cuerpo en acción, hasta donde se prolongue en cada criatura y en todas a la vez y durante todo el tiempo en que nos ocupamos de favorecer su desarrollo: la infancia. Todo ello, en relación a nuestra vivencia del movimiento como psicomotricistas en la sala: el propio, el ajeno compartido y el lejano. Se trata de una tarea de una complejidad inmensa. El resultado de semejante esfuerzo puede parecerse a lo que en otros ámbitos se denomina "cuerpo teórico". El nuestro, más que ningún otro, sería un cuerpo teórico y vivo a la vez, abierto a la inminente novedad, casi predeterminado a la actualización material permanente. Cada ser lo es de manera única. Pretender el control o el dominio del movimiento, o su utilidad mecánica o funcional, por conocerlo, no nos corresponde. Nuestra tarea es su comprensión, siempre abierta a la sorpresa de su vitalidad. Pensar el movimiento así es avanzar en la comprensión dialéctica del desarrollo humano. Intervenir en psicomotricidad desde ella es acompañar y enderezar el desarrollo.

El movimiento es esencialmente desplazamiento en el espacio. Se va a producir de tres formas, a su vez, agentes de evolución psicológica desde la infancia hasta la vejez. Una es pasiva o exógena. Depende de fuerzas exteriores, entre las que la gravedad es la más importante y que provoca reacciones secundarias de compensación o de equilibrio, reguladas por un aparato muy arcaico en la serie de los vertebrados que se manifiesta en los refle-

jos laberínticos del periodo prenatal. Normalmente van a desaparecer, como tales, tras el nacimiento para convertirse en los primeros de una serie que en etapas sucesivas y que a través de la búsqueda de las posturas necesarias y de los puntos de apoyo apropiados, conducirán a cada criatura de la posición de acostada a la posición de sentada, a la de rodillas y finalmente a la posición de pie, que es la propia del ser humano y que evidentemente ha ejercido una decisiva influencia en los progresos de su comportamiento. La segunda forma de movimiento se debe a los desplazamientos autógenos o activos del propio cuerpo en el medio exterior, o de los objetos que se encuentran en ese medio. Se trata de la locomoción y de la prensión. La tercera y última consiste en el desplazamiento de los segmentos corporales o de sus fracciones, unos en relación con otros. Son reacciones posturales endógenas que se pueden confundir con las del primer grupo, pero que tienen un carácter más detallado, más diferenciado y hasta podría decirse que más psicológico, ya que se exteriorizan como actitudes y como mímica.

Estas tres clases de movimientos se implican y condicionan mutuamente; su desarrollo o sus anomalías demuestran sus diferentes combinaciones o regulaciones según el tipo de individuo y el momento evolutivo. La maduración del sistema nervioso y la organización funcional que el movimiento apunta, actualiza el sustrato biológico desde la fase de crecimiento a la de declinación, de la evolución a la involución, pasando por un periodo de madurez, siempre de manera global y conjunta, no aislable y única. Su unidad es más compleja por la diferenciación de las funciones que necesariamente se originan a partir de cada progreso de la especialización y de la

unificación en sus órganos correspondientes, o más simple por una limitación, o por deterioro de ciertas funciones o de su sustrato orgánico, que desorganiza la conducta; pero ambas coyunturas siguen formando parte del todo único que es la vida de cada persona. Este aparato funcional del movimiento, como el resto de los específicamente humanos, se pone en marcha, desarrolla y declina en función del calendario madurativo de la especie, materializado en cada ser, su medio y la propia capacidad para modificar sus relaciones con él. Es el resultado y el origen de la propia complejidad motriz.

El órgano del movimiento en todas sus formas es la musculatura estriada y en ella se distinguen dos actividades diferentes y complementarias. Una, el encogimiento y alargamiento simultáneo de las miofibrillas que componen el músculo, que encogen o alargan el propio músculo, y que se denomina función clónica. La otra, la función tónica, mantiene en el músculo un cierto nivel de tensión que varía con las condiciones fisiológicas individuales y con las dificultades de la actividad en curso. El tono mantiene la forma que el movimiento ha dado a los músculos cuando éste cede; le acompaña sosteniendo su esfuerzo en función de las resistencias encontradas; y además puede separarse y transformarse en actitud estable, en inmovilidad. La regulación del tono es compleja, como ponen de manifiesto la relación entre sus alteraciones y la ubicación de la lesión responsable en el sistema nervioso.

Tras el nacimiento los movimientos de los bebés parecen ser simples descargas ineficientes de energía muscular, en las que se mezclan sin combinarse adecuadamente reacciones tónicas y

clónicas, espasmos y bruscas interrupciones de gestos sin coordinación; son automatismos sin utilidad en el momento en el que se producen. Mientras duermen, de la actividad motriz sólo subsisten reflejos elementales de origen propioceptivo, interoceptivo e incluso sensorial y psíquico. La criatura humana para adaptarse a la vida extrauterina cuenta con capacidades que podemos agrupar en dos bloques: las funciones vegetativas y las reacciones motrices. Entre las primeras, la respiración, desde el primer reflejo respiratorio, es en el curso de toda la existencia, el revelador fisiológico más sensible de la actividad psíquica. Es la única función vegetativa que ha logrado superponer a su regulación automática una voluntaria: la palabra, su arranque y modulación, por donde, además de la vida orgánica, une la vida afectiva a la actividad mental. La nutrición precisa de ciertos reflejos, exacta succión y precisión de las contracciones musculares que presuponen una sutileza acorde con la sensibilidad. La coordinación sensoriomotriz, condición de ubicación perceptiva que se realiza en la boca, es el instrumento de las primeras indagaciones sobre los objetos exteriores. La sensibilidad orgánica recorre el ciclo de impresiones: necesidad, plenitud, reflejos gástricos, de la que el comportamiento no es más que un reflejo o expresión en tono neurovegetativo. A continuación, y en relación a la eliminación, los esfuerzos relacionados con el control de esfínteres, en tanto que control de sí y respuesta a imperativo ajeno, puede marcarle profundamente al asociarse a partir de sus primeros ejercicios, a actitudes mentales diversas.

Entre las reacciones motrices encontramos las reacciones reflejas que progresan desde el estornudo, con punto

de arranque nasal y con frecuencia coetáneo al nacimiento; la tos, más tardía y arranque respiratorio; el hipo, contracción del diafragma con punto de arranque gástrico; la regurgitación; el bostezo, de origen articular y no respiratorio, y que también repercute en el tono neurovegetativo; el sobresalto, de punto de arranque auricular y que implica la sensibilidad a las sacudidas y reacciones de tono que de ella dependen. "Los efectos musculares del sobresalto son de tipo muy arcaico, sólo afectan al tronco y consisten en una simple descarga de tono, tal como también se produce, a veces cuando el sueño libera súbitamente los centros de tono de su dependencia respecto al aparato psicomotor" (Wallon, 1938, p.99). Las reacciones oculares son inicialmente reacciones reflejas relacionadas con la impresión de bienestar o malestar que todavía no están lo suficientemente coordinadas como para hacer posible la exploración visual, sin la que no hay percepción. La actividad muscular tampoco tiene aún objetivo exterior, toda vez que la actividad clónica no se ha desprendido de la tónica. Encontramos hiperextensión de la cabeza y del tronco o arco de círculo vuelto hacia atrás en la actitud iracunda; más adelante, esbozos de reflejos cervicales y laberínticos, debido al enquistamiento de las primeras vértebras cervicales unas sobre otras o al desplazamiento de la cabeza en uno de los planos que corresponden a las direcciones de los canales semicirculares. Sus movimientos sólo pueden ser, de momento, actitudes en circuito cerrado. Las funciones vegetativas se han hecho autónomas del organismo materno, pero sólo se abrirán al mundo exterior a partir del vínculo que le une a él: la lactancia y lo que ésta pone en juego.

La boca se convierte en el punto de

nexo con el entorno; de apoyo y equilibrio en él; sede de la primera relación extrauterina activada por la respiración y la nutrición. Conformaría el primer espacio, el espacio bucal, la zona de mayor sensibilidad orgánica que le permite la apertura a los objetos y a su percepción, dando inicio al proceso de toma de posición ante lo real. La construcción del espacio corre paralela a las fases por las que discurre el desarrollo infantil y es fruto de una relación de filiación-oposición o doble proyección entre la criatura, que pone su parte orgánica y madurativa en cada momento, y el entorno humano, que pone sus ritmos, sus distancias, frecuencias, etc. en relación con los contenidos materiales de la realidad que les corresponde manejar. La aproximación desde el punto de apoyo bucal a otro u otros próximos es un complejo proceso, cuya condición necesaria es un equilibrio suficiente, la mayor de las veces acompañado de una actitud de apertura que proviene de los reflejos de orientación e investigación.

En torno a los seis meses la posición sentada augura la posición vertical humana y su equilibrio.

Necesariamente entran en juego otros sistemas de actividad: el intercambio de emociones con el ambiente y los movimientos regulados por las incitaciones que proceden de la corteza cerebral. El haz que transmite esas emociones a los centros del mesencéfalo y de la médula, que acaba entonces de mielinizarse. La agitación suscitada por las necesidades o por los estados de bienestar o malestar es una señal para el entorno que provoca una intervención en su favor. La vinculación se especifica según las exigencias de la criatura y las circunstancias y los gestos útiles, que son gestos de expresión, ya que le procuran lo que se supone indispensable. Son un modo de

expresión afectivo, cuyos matices pueden corresponder a toda la gama de emociones y a través de ellas a situaciones variadas, de las que se va haciendo consciente de manera confusa y global, pero vehemente.

El gesto toma su forma de la actitud que lo origina y sustenta. La actitud es el acto a realizar en potencia y, en esa medida, es preludio de conciencia, intención o vacilación, con todas las tensiones, relajamientos y alternativas musculares que pueden acompañar. Por ello es, para los demás una advertencia y, para cada cual, un medio de identificarse con una situación, de captar mejor su sentido y también, secundariamente, de captar en los demás, por mimetismo, el reflejo de la situación producida por su presencia. La variedad de actitudes es inmensa: de observación, de reflexión, emocionales, etc. y todas nos van a interesar, ya que pertenecen a la vida cotidiana y nos unen a un mismo estado de conciencia colectiva, estableciendo vínculos de comunidad y relaciones recíprocas en todo el conjunto. "Distinta de los movimientos efectuados en el espacio, la actitud es conformación del cuerpo o de la fisonomía, y ha convertido la emoción en expresión, injeritando así lo social en lo orgánico" (Wallon, 1951, p.109).

La agitación, de intensidad diversa, consiste en movimientos alternos o simultáneos que corresponden al desencadenamiento de automatismos sin causa exterior, y que se desplazan mediante contracciones bruscas no apoyadas por músculos, mediante simples variaciones espasmódicas de actitudes. Los músculos del tronco, en los que domina la actividad tónica, son los que poseen las contracciones mejor coordinadas y que sirven para los primeros desplazamientos y cam-

bios de posición de los que va a ser capaz la criatura. De igual manera, biológicamente carece de medios de acción sobre las cosas hasta que tras el primer año de vida comienza a desplazarse verticalmente o manipula los objetos correctamente, tras largas etapas de ejercicios, cuya sucesión viene regulada por la maduración progresiva de los centros nerviosos responsables. A diferencia del resto de los animales, la vida humana se abre a través de las relaciones de sociabilidad, adquiriendo éstas mayor importancia que las relaciones con el mundo físico. Algunos movimientos responden directamente a los mecanismos de su vida vegetativa y otros se originan en los órganos que servirán para la vida de relación, aunque ahora dependan más de impresiones orgánicas de bienestar o malestar, que de la disposición a objetos exteriores.

Las relaciones de sociabilidad en este momento no pueden ser otras que las emociones, que se ubican sobre la oposición placer-displacer y la concretan. La emoción tiene que ver con el movimiento, como atestigua su raíz latina "emovere". Se compone con "movere", mover. Se trata de otra forma de actividad, que se identifica con la acción, con el exterior, sin ser un automatismo de objetivo exterior, y que deja un papel subsidiario o perturbador a las reacciones viscerales o tónicas. Su origen y mecanismo fisiológico así lo confirma. La emoción surge a partir de la denominada emoción primitiva, del cosquilleo no epidérmico, que se obtiene por fricción profunda de las regiones ricas en aponeurosis y en inserciones musculares, tales como las partes laterales del tórax. Es una sensibilidad orgánica que depende de los órganos de movimiento, pero de los de la propioceptividad, cuyos efectos se extienden y amplifican de manera

difusa, en lugar de adaptarse con precisión creciente al origen de la excitación, como en el caso de la sensibilidad exteroceptiva. Genera espasmos que producen contorsiones y sobresaltos que se van incrementando, hasta provocar sacudidas de risa forzada o en dirección contraria, convulsiones de sollozos con lágrimas; son los dos polos de la vida afectiva, la alegría y el sufrimiento. La amplificación de las reacciones se explica por la estrecha reciprocidad entre la sensibilidad orgánica y la actividad tónica ya que el espasmo añade su propia excitación a la excitación origen y se acumula en forma de tono, que no se prodiga en gestos o actos, sino que tras invadir todo el aparato motor y rebasar su capacidad, debe descargarse y se hace en forma de risa si alcanza a apurar el tono en exceso. Si la excitación toxígena persiste, se propaga desde los músculos del esqueleto a los de las vísceras, y aparecen los sollozos, que originariamente no son más que una crisis saludable que restituye su flexibilidad a las funciones y a sus miembros.

"Todas las emociones: placer, alegría, cólera, angustia, miedo, timidez, pueden ser reducidas al modo de formarse, consumirse o conservarse en tono" (Wallon, 1938, p.113). Vamos a verlo. El placer nace de las caricias y consiste en la liquidación de espasmos aparentes o íntimos, pudiendo ser su incentivo posterior, sensorial o moral. La excesiva facilidad acarrea insipidez que al diferirse se agudiza llegándose a convertir en sufrimiento, confundándose con él en alguna medida. La alegría es el resultado de un equilibrio exacto de la acción recíproca entre tono y movimiento, que se puede establecer a diferentes niveles entre dos polos opuestos: pasivo, armonía entre la carencia de impulso y la reducción de

la actividad; frenético, competición entre la intensidad de la gesticulación y de la excitación íntima que consume, pero que al mismo tiempo renueva. Las sensaciones del aparato muscular y articular o la excitación del movimiento pueden ser estimulantes placenteros en sí mismos. La cólera surge cuando la excitación excede a las posibilidades de liquidación. Su origen más frecuente son las relaciones con el entorno personal, que además de originarla, obstaculiza su consumación. Puede tratarse de la personalidad del antagonista que impide la reacción adecuada, del encarnizamiento del adversario o de que la situación excede por vasta o compleja a la propia capacidad. Los itinerarios por los que discurre a continuación son diversos: puede resolverse explayándose en movimientos agresivos contra personas u objetos; desencadenar automatismos de lucha, al eliminarse las manifestaciones y la conciencia de la emoción propiamente dicha; o en caso de que éstas persistan, la emoción gana al automatismo, lo que añade actitudes de exaltación dramática; puede generalizar la contracción y dar lugar a las cóleras blancas en las que se frota la cara con fuerza, dirige golpes contra sí, etc. Cuando es de esta última manera, el factor angustia se sobrepone a la agresividad y a la dramatización. La angustia, como el sufrimiento es lo opuesto al placer. Si un espasmo se resuelve, causa placer, si dura, produce sufrimiento. La angustia es una desazón íntima que gradualmente conduce a una indiferencia o insensibilidad a las influencias del ambiente, perteneciente a la vida de relación. Su forma más atenuada es el aburrimiento. Más acentuada, comporta una especie de anestesia moral o psíquica, a la que asocia remordimientos e inquietudes, que se incrementan con la pretensión de eludir la

insensibilidad, pudiendo llegar incluso al dolor extremo para provocar una caída de tono. La descarga sexual puede ayudar a la resolución del tono ansioso.

El miedo entronca con la angustia al orientarse al futuro y convertirse en aprensión ante la incertidumbre, por lo que desarrolla la hipertonia. Toda expectativa va acompañada de un estado de tensión tónica que da lugar a la angustia, pero que puede resolverse en espasmos de placer, orgasmo y excitación. De ella depende el placer, por lo tanto, y sólo se dará cuando el acontecimiento guarde proporción con la expectativa. Se ve claramente cuando juegan el miedo en la sala y en la vida. Lo conocido, con una ligera alteración asusta, mientras lo desconocido puede generar curiosidad. Que sea lo uno o lo otro también se va a relacionar íntimamente con el devenir del reflejo de orientación e investigación. Más adelante, para evitar la decepción inevitable en relación a los objetos, exige a sus compañeros de juego que actúen de una forma estrictamente determinada, estableciendo así las primeras reglas de los juegos. Todas las personas participantes las asumen activa o pasivamente y en breve transformarán en juegos de reglas y seguirán evolucionando. La expectativa entraña una actitud, que puede convertirse en obsesión o fobia. Puede haber circunstancias imprevistas que desbaratan la expectativa y la actitud, dando lugar a la sorpresa, que pueden estimular o desencadenar mecanismos útiles, como la huida, ante lo que la conciencia y las manifestaciones del miedo se desvanecen. Si es el miedo el que se sobrepone al automatismo, los movimientos se alteran, pero no por hipertonia como en el caso de la cólera y la angustia, sino por hipotonia, por lo que el miedo se

traduce en desarreglo de las funciones posturales. Es el efecto de situaciones únicas y ambiguas contra las que momentáneamente es imposible reaccionar con una actitud oportuna. Es la novedad en algo conocido lo que atemoriza a la criatura: la actitud habitual, evocada y reprimida a un tiempo, le deja en desequilibrio, sin punto de apoyo. En todos los ámbitos de la actividad, el miedo está vinculado a la impotencia de tomar posición y recuperar el equilibrio, ya que su causa primitiva es la desaparición de puntos de apoyo sin los que resulta imposible estabilizarse en el espacio mediante las actitudes apropiadas. La timidez tiene afinidades con el miedo, al compartir la incertidumbre sobre la actitud a adoptar, la inseguridad del movimiento o los desórdenes de las funciones de la postura. Sus motivos, en cambio, son muy diferentes, son fundamentalmente psicológicos. Es el miedo relativo a su propio "yo" frente a las y los demás, por lo que se halla en relación inmediata con las relaciones de pres-tancia, unida a sus vacilaciones o su derrumbamiento.

La emoción tiende a la representación a causa de las actitudes y simulacros que pone en juego. El tono se ha diferenciado del movimiento y se ha opuesto a él en forma de actitud activa; se diversifica en función del equilibrio dinámico de sus centros reguladores con arreglo a las necesidades del movimiento y de la acción. "Alternativamente o simultáneamente asegura, con el equilibrio del cuerpo en cada una de sus partes, el punto de apoyo necesario para la ejecución de cada movimiento; mantiene su progresión, etapa tras etapa, mediante la actitud adecuada; dosifica su resistencia a los obstáculos; prepara su impulso para el momento propicio: como en el caso del animal al acecho o del

corredor que espera la señal de salida." (Wallon, 1938, P. 120). La actividad resultante es, hacia dentro, una configuración plástica del aparato psicomotor propiciada por situaciones exteriores, punto de arranque de la actividad representativa por necesidad de tomar posición frente a lo real; y hacia fuera, pero dentro del grupo, una configuración plástica del conjunto, que tiene capacidad de cohesión de reacciones, actitudes o sentimientos grupales, que explican comportamientos propios de pueblos primitivos, aglomeraciones o situaciones asistemáticas.

El automatismo de las reacciones emocionales se transforma por eficacia. En la medida en que se separa de la representación de la actitud, que surge del tono, avanza la actividad intelectual. Los reflejos de orientación y de investigación tienen ahora forma de actitud. Son actitudes de observación de la realidad; a partir de las que se instalan las siguientes, las de reflexión, las responsables de la percepción. La relación entre automatismo y actividad intelectual es también de filiación y oposición. Por eso, si la emoción se representa se mitiga, o incluso, desaparece. Así se inicia la actividad sensoriomotriz. Se establece una mayor ligazón entre el movimiento y sus consecuencias sensibles, a pesar del carácter subjetivo y afectivo anterior, por el reconocimiento minucioso de los datos sensoriales al que se entrega y que, a su vez, hacen más precisa y discriminativa la percepción. Las estimulaciones se discriminan; aparecen las causadas por objetos exteriores tras la puesta en marcha de las reacciones circulares, en las que el efecto procedente de un movimiento provoca su reproducción, aún siendo inicialmente fortuito, como si tratase de verificar sus relaciones y modificaciones mutuas. La percepción avanza en las dos direc-

ciones ya establecidas: la actitudinal, a su vez, más o menos abierta a la actividad del momento, muy parecida a una necesidad que se despierta; y su contenido, todavía por determinar y dominar.

Por eso hay criaturas cuyos comienzos sensoriomotores son explosivos; en todas, en diferentes intensidades encontramos el reflejo de orientación y de investigación, más ordenado y cohesionado que en los monos de Pavlov. Gracias a su desarrollo en tono y actitud, la actividad sensoriomotriz va a pasar por diferentes niveles. El primero, el más subjetivo, comienza el día en que por un movimiento fortuito de la mano, ésta entra en el campo visual y retiene la mirada, que sigue atentamente sus desplazamientos y detenciones. En cuanto es la mirada la que dirige la mano, lo hace hacia los objetos de su entorno. Son gestos apetitivos, de júbilo o impaciencia, que todavía no son gestos de prensión; poco diferenciados, que se observan mientras se acercan al objeto con las dos manos a la vez, globalmente y lo coge sin precisión, casi por casualidad. Hacia los diez meses se inicia la prensión del objeto; los actos de prensión se convierten en palpaciones más o menos estructurales y terminan siendo una manipulación en la que la actividad de cada mano es complementaria de la de la otra. Ya no es exactamente simétrica o similar. "Esta bipartición diferencial del movimiento parece tener una gran importancia en la evolución psicomotriz, ya que a partir de este momento podrá realizar acciones combinadas en las que cada mano desempeña su papel; una lleva la iniciativa y la otra es su auxiliar." (Wallon, 1938, p.131). El avance de este momento promueve una nueva etapa en la construcción del espacio. El espacio próximo, el que está a la lon-

gitud de su brazo, al que presta su atención y puede acceder coordinando la mano y la mirada se organiza.

El movimiento, en su oposición influencia subjetiva-percepción de objetos exteriores, va a pasar de ser soporte de la acción motriz, a serlo de la emocional, o de la representacional, pero, al principio, de manera poco consistente y fácilmente desfalleciente. El punto de apoyo o equilibrio emocional propio de la fase anterior se convierte en punto de partida, equilibrio inicial de los inmediatos potenciales en y con el entorno, ahora ampliado por el físico y su relación con él. Si el mundo emocional abarca desde el placer al displacer, y el mundo sensoriomotriz le sigue, no sólo se apuntala en él y desarrolla nuevas posturas y nuevos equilibrios, sino que, además, alimenta la actitud ante la vida, perfilando sus márgenes. "Ahora (el movimiento) va a convertirse en el acompañante de representaciones mentales, a las que va a servir de soporte dinámico o descriptivo; va a constituir un medio de imponerlas a la conciencia dominada completamente aún por las impresiones del momento y más o menos cerrada al juego de las asociaciones." (Wallon, 1938, p.131). Gracias a la marcha mide por sí misma las distancias, varía las direcciones, cambia entornos y establece una continuidad entre ellos. El espacio adquiere una realidad independiente de los objetos que lo pueblan, convirtiéndose así en el espacio locomotor, el espacio de más allá de los propios objetos. Se transformará en espacio psicomotor en función de la eficacia del emergente manejo de lo simbólico.

La imitación también se enraíza entre dos términos contrarios: fusión, enajenación de sí en la cosa o "participación" en el objeto, y desdoblamiento

del acto que debe ejecutarse según el modelo. Se confunde por su sensibilidad con todo su ambiente, con el que se une, por lo que empieza a vivir y a experimentar su vida, amalgama de la que deberá extraer lo que le será necesario atribuirse para tomar conciencia de sí y para oponerlo a lo que simultáneamente se le presenta como perteneciente a lo que no es suyo. Necesariamente dejará en las cosas un residuo de sus impresiones subjetivas, haciéndolas así existir a su imagen, la que sea. "En un segundo tiempo, en cierta forma inverso al primero, el niño retomarí la imagen que ha puesto en las cosas para realizarlas mejor en sí mismo, utilizando sus movimientos, sus actitudes, su propio cuerpo como símbolos capaces de darles como una especie de presencia efectiva. Ayudándose con objetos cualesquiera, con un palo que entre sus piernas figura ser un caballo, un gorro de papel sobre su cabeza, juega el general. Se imagina ser una locomotora por los gestos mecánicos de sus brazos, sus piernas, sus aspiraciones sonoras y rítmicas. Así la imitación sería la consecuencia de una imagen subjetiva que habría dado una vuelta por la cosa imitada y habría sacado de allí sus elementos plásticos." (Wallon, 1942, p. 133).

La criatura pone su ser en los otros o en sentido inverso, el ser de los demás en sí, lo que genera automáticas actitudes y gestos que responden a los sentimientos, siempre que la oposición no los inhiban. Es un automatismo. El hecho primitivo es el movimiento ligado a la intuición íntima. Es una presencia efectiva y afectiva a la vez. Además, el objeto de la imitación es la realidad en su conjunto: los seres vivos, las cosas inanimadas y sus relaciones. La fusión con el objeto permite que todo lo que puede experimentarse o

ser realizado, parezca simbolizarse con él, de manera que las realizaciones motrices son las que es susceptible de dirigir, materializados en gestos de acompañamiento o de enderezamiento de lo que le rodea. La observación es justa en las reacciones inmediatas y el excedente de actitud es el de una acomodación perceptiva que acapara todo el organismo y modula el tono. El movimiento y la imagen se unen en él, en la actitud y en la postura, de las que la percepción también puede acompañarse. La aparición de la inmovilidad permite la integración de ambos, movimiento e imagen en un estado combinado de sensibilidad y de movimiento en forma de actitud de doble carácter: "de ser simultánea o alternativamente preparación para el acto y la espera, pre-movimiento y pre-percepción. Tan pronto es una fase, tan pronto otra la que puede determinarla. Cuando el animal se lanza sobre su presa, la excitación vuelve al medio para modificarlo por un proceso centrífugo, conforme a las necesidades o designios del sujeto. Cuando se producen gestos de acompañamiento o de enderezamiento, la acción ha llegado a ser simple participación; el drama queda confinado al dominio de las actitudes y el sujeto no es más que un simple asistente, pero el movimiento está siempre listo a surgir, a poco que haya discordancia entre el gesto real, cuya iniciativa y ejecución son por así decir delegadas a otras, y las actitudes con que el sujeto las acentúa y acompaña. Por último, todo movimiento aparente puede ser aplazado, pero la actividad postural está lejos de extinguirse y es de ella de la que podrá salir la imitación." (Wallon, 1942, p. 135).

Esta actividad postural es condición del diálogo tónico; es un estado de impregnación perceptivomotriz, previa

a la reproducción; es un proceso de ajustamiento de los gestos de una necesidad latente que se origina en la múltiples impresiones originarias, fundidas en la percepción que estimula un esbozo confirmado y rectificado sin cesar. Su resultante es única. Es un poder concreto y latente, que sólo la reproducción del acto revela, pero que todavía no es representación. Es el afecto quien acompaña y endereza en forma de actitud más o menos dominante lo que ahora origina un nuevo momento de la actividad sensoriomotriz. Su evolución a actividad presimbólica, precisa de la mediación del simulacro, y de nuestro juego "como si". "En el animal se esboza lo que se desarrollará ampliamente en el niño durante el juego: el simulacro, es decir un acto sin objeto real, pero a la imagen de un acto verdadero. El niño se entrega al juego total y seriamente, sin ignorar las ficciones. Por el contrario, más bien ampliará el margen de estas. Los juguetes que más le gustan no son los que más se parecen a los objetos reales, sino los que limitan su fantasía, su voluntad de invención y de creación, proporcionalmente. Son los juguetes que obtienen su significado a partir de su propia efectividad" (Wallon, 1941, p. 136-137).

El aprendizaje de movimientos imitados supone conexiones y un tipo de organización propias de un plano psicomotor superior al de las adquisiciones sensoriomotrices de la reacción circular. Son automatismos más complejos. "Sólo llegan a ser posibles después de una fase alternada de participación sensorio-postural con otros, y de elaboración postural y gestual. Así toma significación concreta el rodeo por otros de la reacción imitada que Groos había intuido. La actividad le da una orientación nueva. En lugar de volverse únicamente hacia el mundo

exterior para modificar sus relaciones, se convierte en modificadora del sujeto mismo, cuyas reacciones no son ya solamente modeladas por las necesidades del medio, sino también según modelos exteriores. La conversión que se opera es la de la actividad inmediatamente utilitaria hacia la actividad especulativa." (Wallon, 1942, p. 136). La imitación sobreviene al año y medio, tras reacciones y gestos convencionales respuesta a una señal habitual obtenidos mediante un gesto de pasividad o imitando alguno de los gestos espontáneos de la criatura. "Hacia la misma época se observan los gestos de acompañamiento, con frecuencia rimados, frente a un objeto balanceado o de un movimiento alternativo cualquiera. Un poco más tarde, hacia los 9 meses, comienzan las manifestaciones de ecocinesia (...) es preciso alcanzar la edad de 22 meses para ver al niño reproducir los movimientos de elevar los brazos extendidos a la altura de la espalda, lateralmente o adelante -estando en esta posición, llevar los antebrazos verticalmente o llevar las manos a la espalda- elevar la pierna, con la rodilla flexionada o extendida -inclinarse el tronco hacia delante, atrás, de costado- flexionar las piernas con las manos en las caderas- llevar la cabeza adelante, luego atrás, a la derecha, luego a la izquierda. Todos estos ejercicios ejecutados de primera intención o después de algunos ensayos, suponen un "esquema corporal" ya muy complejo y destacado. A esta edad, en efecto, los juegos sensoriomotores del niño lo han inducido a establecer las conexiones más extensas y variadas entre sus campos sensoriales o exteroceptivos y posturales o propioceptivos. Son estas conexiones activas, es decir, que no se limitan a la adición de relaciones simplemente yuxtapuestas, sino que son el resultado de cambiantes investigaciones y com-

portan por consiguiente un cierto grado de previsión o deducción. Así se explica la parte de intuición o invención que puede suponer el logro de estas imitaciones nuevas. Más o menos a la misma edad el niño quería saltar viendo a su hermano, pero quedaba en la posición de parfida. (...) En posesión ahora de su cuerpo y de sus movimientos se complace en hacer de ellos el instrumento de lo que ve realizar en torno suyo." (Wallon, 1942, p. 137).

Hacia los tres años comienza la imitación fantástica, otra forma de imitación que coincide en el tiempo con la crisis de personalidad, que anuncia la necesidad de afirmarse. Se va interesando en las demás personas y lo manifiesta imitándolas, es decir, tratándolas de conocer mejor e intentando despojarlas de sus ventajitas. "La imitación, al integrarse al comportamiento, recibe su sello y no es más que uno de sus medios. Así, a partir de los 6 años se torna razonada y reflexiva. Los intereses diferidos sustituyen gradualmente a los intereses inmediatos. El niño imita para llamar la atención, bien para obtener una recompensa, o un favor de afecto. La imitación se convierte en una demostración, más que en una reacción inmediata de simpatía." (Wallon, 1942, p. 137). Desde la fusión con la situación o el objeto y por mediación de sus constelaciones perceptivo-motrices o de su plasticidad perceptivo-postural, llega a dar al movimiento un equivalente compuesto de imágenes, símbolos, proposiciones; partes articuladas en el tiempo y gradualmente mejor descomponibles en sus elementos individuales. La imitación nos muestra el desdoblamiento entre su participación en el modelo, sus formas y condiciones, y la copia que termina por oponerle a partir de las formas que aquél ofrece en su participación, y que al prolongarse en el

tiempo dan forma a su historia particular dentro de la historia de su grupo. Imita eligiendo entre lo que hay en su espacio próximo. Hay ciertas imitaciones que se le imponen más. El deseo total de participación efectiva del objeto se opone al deseo de separación del objeto y participación efectiva del sujeto, como asimilación más íntima, pudiendo mantenerse frente a frente, estimularse, eclipsarse mutuamente o sucederse una a otra. Su expresión material toma muy diferentes formas: la envidia, la prepotencia, la manía, etc.

También imita la palabra. A partir de los primeros balbuceos, ecos y ejercicios fonatorios, llega a quedarse con los sonidos de su entorno, pero que no comienza imitando. La función del lenguaje se inicia gracias al nexo-tránsito de las series sensitiva y motriz mediante el que las contracciones producen el sonido y al sonido responden automáticamente las contracciones. Este tránsito le sirve para preparar todo su material fonético potencial. A partir de las impresiones cinestésicas y auditivas que percibe aparece la ecolalia. Los sonidos proferidos por su entorno repercuten uno a uno en su aparato motor, y sólo parece que entonces es cuando identifica los sonidos. Interrumpen su producción y el final de la audición resuena, tras lo que la imitación comienza. Se suceden indistintamente la ecolalia y la imitación hasta fundirse y permitir la disociación fonética, su sucesión en el tiempo, tras la que culmina la integración de su actividad vocal en la función del lenguaje. Tras empezar con sonidos guturales, resultantes de las contracciones más globales de la musculatura bucal y los que más roen la mucosa, aparecen los sonidos dentales, coincidiendo con la aparición de los dientes y provocados por la irritación de las encías.

Su modulación progresiva se produce bajo la orientación que les da el oído, hasta que las sensaciones musculares operen en sordina, limitándose a subrayar intermitentemente sus esfuerzos o las dificultades que se impone.

"La dificultad en el niño consiste visiblemente en ordenar entre sí las sílabas de la palabra que correspondan a lo que tiene en la mente y al comienzo sólo dispone de palabras bislabas en las que la misma sílaba se repite. Consiste también en encadenar entre sí las palabras necesarias para enunciar los términos de su pensamiento, sólo dispone de la palabra-frase. Consiste, en definitiva, en señalar cómo se articulan entre sí las circunstancias a las que se refiere, y no sabe subordinar las proposiciones unas a otras mediante conjunciones. Siguiendo un recorrido inverso, el afásico pierde el uso de la sintaxis y de la construcción verbal. La palabra es, pues, ese instrumento discursivo que aún no ha hecho eclosión en el niño y que en el afásico se ha marchitado. Sólo la descomposición del contenido mental en proposiciones estabilizadas por el lenguaje puede lograr que el individuo aprenda a distinguir una realidad distinta de su actividad y de su sensibilidad" (Wallon, 1938, p. 164). La función del lenguaje puede establecerse a partir del encuentro entre la capacidad material y las realizaciones lingüísticas del entorno que recrea. La repetición se anuncia como disociación de uno, lo mismo separado en el tiempo, y que al volver establece un ritmo, una expectativa y una actitud. La inmovilidad es condición de modulación. Va a combinar nuevas síncopas fonatorias, hasta sus combinaciones bisílabas, palabras e ideas en un sin fin de alternativas en el umbral humano en el que se cría.

El desdoblamiento generalizado aviva

la crisis del personalismo ya anunciada. Su eficacia con los objetos, otros sujetos, lenguaje y espacio incluidos, parece precisar otro nivel en la separación. Su comportamiento deja de regularse por una especie de participación afectiva con las personas de su entorno y comienza a disociarse de las diferentes situaciones en las que le coloca su relación con los demás. Sólo lo puede hacer en la medida en que comienza a distinguir entre lo que hay de complementario y de opuesto en las situaciones. Se complace en discernir lo que hay de bipolar en la situación activamente, pero ahora para sí misma y orientarse con mayor eficacia, por lo tanto más autónomamente, en su siguiente entorno: el físico en dirección a los símbolos que van sustituyendo el real en el pensamiento. Por eso alterna en sus juegos la acción y la pasividad, dar y recibir, esconderse a los ojos ajenos y verlos esconderse, parar una pelota y lanzarla, etc. y así cerrando la vuelta con su realidad ha aprendido el papel del/a compañero/a de juego en sí y en los demás. "No se conoce sino en relación a lo que P. Janet ha llamado el *socius*. Y este dualismo va a persistir, sin duda toda la vida. Porque siempre se concibe simultáneamente un acto en su forma centrífuga y centrípeta. Toda intención implica un sujeto y un objeto. Pero el adulto sabe establecer entre ambos la subordinación que corresponde a su propio punto de vista. Por el contrario, el niño no sabe integrarlos. Flota entre el efecto y el acto sin tomar deliberadamente su puesto de paciente o de agente. De tal manera que se encuentra con frecuencia en una postura ambigua y como diseminado a través de las situaciones que le vienen impuestas". (Wallon, 1987, p. 229).

Hacia los tres años la necesidad de afirmarse, de imponer su punto de vista

personal surge con una especie de intemperancia personal. Su función se despierta bruscamente y se manifiesta en su doble sentido: se enfrenta a un combate con el objetivo de hacer triunfar su capricho o su oposición. Ambas posibilidades, el sí o en su ausencia, el no. La alternativa. Necesita proyectar su deseo a una distancia mayor, la que somos las personas de ese entorno, plagado además de objetos, que en cuanto son objetos deseados por aquellas se convierten en triunfos potenciales. "El ejercicio de este dominio sobre los otros es más o menos incontinente y más o menos duradero en función de los niños y también del medio en que se desarrollan. Las circunstancias pueden convertirlo en un defecto persistente. Pero en sus comienzos constituye un momento de la evolución psíquica que señala el necesario despegarse del niño respecto de los demás, el fin de la impregnación que sufría su conducta y que le hacía sin duda experimentar las diversas alternativas de la acción y de las situaciones, pero oponiéndose a la construcción de su propia personalidad. Si se produce de manera demasiado precoz o demasiado exclusiva, este dominio sobre los demás puede provocar en el niño insensibilidad por lo que se refiere a las repercusiones de su propia actividad en los otros. Pero si sus manifestaciones son demasiado endebles puede darse una maleabilidad mental y una inconsistencia en la conducta que se deben a la impotencia en que se encuentra el niño para experimentar, adoptar o proseguir cualquier cosa si no es bajo la influencia de otro. Es cierto que las experiencias deben permitirle extender sus temas de actividad o de sensibilidad y su poder de autodeterminación no se han acabado, pero van a proseguirse en otro plano." (Wailon, 1987, p. 230). Los intereses y sus intensi-

dades se combinan en adelante en curiosidad, interés, apertura, etc., que a su vez conforman preferencias o tenacidad.

Hacia los 4 años, la edad "de la gracia", los gestos, durante un cierto tiempo, adquieren una especie de elegancia que parece ser fin en sí misma, con origen en las propias pulsiones y que expresan su autenticidad.

Necesariamente algunos de ellos evolucionan hacia la elegancia en la destreza, que se burla de las dificultades artificiales, prolongándose sobre la elegancia natural. Se trata de una nueva oposición: la habilidad de los movimientos propios del cuerpo y la de la actividad objetiva y creadora. La quietud-inquietud nos informa de su equilibrio y de la dirección e intensidad de su potencialidad. "Ambas habilidades parecen variar frecuentemente en dirección inversa, de tal manera que una de ellas sería la destreza total, equilibrada, eurítmica y flexible del deportista, mientras que la otra sería el virtuosismo de adaptación a actos más o menos especializados propio del artesano. Ambas resultarían en régimen motor, dependientes de los centros que regulan los automatismos y que se encuentran situados en la llamada región subcortical del cerebro la primera y la otra en los centros que ponen al movimiento en relación con nuestros sistemas de representación, con las imágenes que tenemos de las cosas, cuya sede es la corteza cerebral. En el parvulario, la segunda se desarrolla a expensas de la primera. Siendo posterior la evolución de las funciones corticales a la de las funciones subcorticales, se trataría de un hecho de maduración cuya consecuencia sería la aptitud del niño para convertirse en un ser mañoso, para exteriorizar su actividad en la confección de pequeños objetos. Pero pare-

ce que la edad de la gracia no aparece sólo por razones motrices. Freud habla de un avance de la libido hacia los cuatro o cinco años, que se traduce en una especie de adolescencia anticipada. Este avance de la libido resulta después reprimido, censurado por la coacción social y la necesidad de plegarse a ella. Lo que parece evidente es que después de haber tomado posesión negativamente oponiéndola a los demás, el niño pasa por un periodo en el que busca satisfacciones más positivas, en el que ejercita sus atractivos para llamar la atención u obtener la aprobación de los demás, en el que se considera a sí mismo en función de la aprobación o la admiración que cree poder suscitar. Del mismo modo que en la adolescencia, esa necesidad de captar las miradas y de agradar o ser preferido se traduce, en efecto, en una serie de actitudes y se gestos presuntuosos, sin otro objetivo que desplegar sus elegancias. Así la evolución motriz y la evolución afectiva parecen coincidir para originar esta etapa, muy desigual según los individuos, fugitiva a veces, pero en ocasiones más esencial, que corresponde a la edad de la gracia." (Wallon, 1987, p. 230-231).

Por ello entra en escena el gusto de la imitación, que objetiva el movimiento y las relaciones entre su personalidad y la de los demás. "El interés que el niño encuentra en ello parece estar ligado todavía al principio a un desarrollo evolutivo de su personalidad. A la oposición y el alarde frente a los demás sucede un deseo de conquista y de posesión. Cuando los actos de las personas que ama o admira le prestan atención, el niño desea no sólo acaparar sus cuidados, sino también sustituir a esas personas, interpretar cada personaje. (...) De ello resulta una imitación que ya no es literal, sino que

constituye la suma de las impresiones múltiples en el curso de las cuales el niño vive el ejemplo del modelo en su propia persona. Los actos de imitación no se producen ya bajo la influencia inmediata o en presencia del objeto imitado, sino a menudo a consecuencia de una rumiación o de una incubación más o menos larga. Esos actos ponen en juego una especie de plasticidad íntima cuyo origen es afectivo y cuyos medios dependen de las actitudes psíquicas y motrices en que parecen modelarse de antemano nuestra conducta y nuestros gestos." (Wallon, 1987, p. 232). Se trata de actualizar ciertos temas de actividad y sensibilidad y su poder de autodeterminación tras su vuelta por las cosas. Todo su comportamiento se transforma, ya que atiende a las dos posibilidades que cada alternativa le plantea en cada segundo, sin poder materializar ambas, y a todas las que le siguen inmediata y sucesivamente y a sus múltiples combinaciones.

Precisa hacerlo a todos los niveles. Con las cosas, gracias a la aptitud para animarlas participando más o menos en ellas, hasta consolidar sus imágenes entre las que también le corresponden y le son propias: la imagen de sí. "Es lo que hace en muchos de sus juegos. Ese rodeo es necesario para que el objeto adquiera una especie de existencia propia, que es la condición para su futura objetividad. En la medida en que el objeto es un simple instrumento de los gestos como una realidad independiente, tiene que haber tratado antes de meterse en él. El niño trata a las cosas como seres. La atención que les presta es una especie de esfuerzo mimético que el fracaso de una simple imitación satisfactoria acaba por transformar en una especie de diálogo y después de acción sobre el objeto sobre cuyas cualidades reco-

nocidas experimentalmente tiene, por fin, en cuenta. El niño no alcanza una actitud objetiva sino a través de una fase de personalismo, que se acaba plenamente hacia la época en que sale del parvulario." (Wallon, 1987, p. 232). La evolución de la aptitud de participación avanza gracias a la actividad heurística que desarrolla desde su posición sentada y que prolonga en actividad más física o perceptual con las personas y las cosas que le rodean y que siguen permitiéndole tomar postura; ámbitos de conocimiento de lo humano, de lo físico y sus relaciones. El reflejo de acompañamiento y enderezamiento se ha transformado en una especie de talante, del que se prolonga la actividad que diseña para el objeto y sigue pretendiendo imponerle, pero más depurado por el ejercicio de las distintas distancias alternativas. Son ya, actitud y aptitud ante lo real.

"El pensamiento categorial es el que sabe agrupar bajo el mismo epígrafe los objetos que presentan un rasgo característico común. Esta capacidad no es simple ni primitiva. En el niño no existe desde el principio y en el adulto puede ser abolida por determinadas lesiones cerebrales. Lo que se denomina sincretismo infantil es, precisamente, la incapacidad para distinguir entre sí, en un mismo objeto, o en una situación, las cualidades o circunstancias a través de las que objeto o situación son percibidos o conocidos, y para aislar después estas cualidades o circunstancias de tal modo que se las sepa encontrar a otro nivel. Goldstein ha mostrado, a propósito de ciertos afásicos, que a veces pueden nombrar una cualidad en cada objeto concreto sin ser capaces de reconocerla como común a todos ellos: la fresa es roja, la ficha es roja, la tinta es roja, pero "rojo" no es un denominador común de las tres ni se sabe decir de ellas simultáneamente

que sean rojas. La cualidad se adhiere al objeto en lugar de trascenderlo y el nombre se adhiere a la cualidad percibida, pero no es posible hacerla identificar como tal ni lograr su evocación a propósito de cualesquiera otros objetos. Cada objeto condensa en él lo que le corresponde, pero no es posible establecer la semejanza ni de un objeto a otro ni entre objetos de una misma serie. La cualidad no es todavía un campo en el que cada cosa se distribuya según su matiz particular independientemente de otras cualidades que le sean propias". (Wallon, 1987, p. 232-233).

Pasa parecido con el espacio: "También en este caso (en el de los afásicos) el objeto es percibido tal cual, en el lugar que ocupa efectivamente. Pero si se trata de colocar otro objeto en una posición determinada respecto al primero, éste atrae al otro de forma que unidos ambos, los dos ocupan una sola y misma posición; son como uno sólo y mismo objeto; no están distribuidos en el espacio. Es como si no existiese espacio sin objeto, es decir, el espacio que debería sub-tenderlos. Una posición ya obtenida, la de un objeto concreto, es bien percibida. Una posición que se debe obtener, en la que el objeto todavía no está, parece exigir, para ser proyectada en el espacio de los sentidos, un espacio operatorio que sería al espacio concreto lo que la cualidad-categoría es a la cualidad propia del objeto." (Wallon, 1987, p. 232-233). Es requisito para la transformación de espacio locomotor en psicomotor. La operación mental se añade así al repertorio comportamental, iniciando una serie que se prolongará, con diferente suerte, hasta los límites de cada momento en cada sucesión. En relación a los objetos, primero los junta y se le separan, a continuación los apila; inicial-

mente dos, luego va incorporando los que necesita para sus construcciones y que necesariamente repasan y desdoblán hasta rebasar los contenidos culturales que la inmadurez fisiológica permiten.

Su representación en el dibujo pasa por realizar los trazos sobre el objeto material, como si condensase el espacio disponible al propio del objeto y no existiese más allá de él. La transparencia en el dibujo entre los 5 y los 13 años es una de sus expresiones. "Ello parece en relación con el desarrollo mental del niño; a partir de los 9 años es síntoma habitual de retraso escolar o intelectual (Leroy-Boussoin). Experimentos en los que el niño recibía dos juegos similares de piezas de una figura geométrica troceada, con objeto de hacer dos reproducciones de ella, han mostrado su tendencia inicial y tenaz a agrupar todas las piezas en una sola y misma figura, a encajarlas sea como sea, a ponerlas juntas, a emparejar las piezas de igual dimensión o forma. La distribución de las piezas en dos montones distintos, la separación de las piezas similares, que hubiese sido el procedimiento lógico, no parece de manera inicial más que los niños mayores, es decir, entre los 12 y 13 años, y de manera muy inconstante en el mismo niño. La condensación espacial y el emparejamiento (couplage) son aquí aún muy evidentes. La cupla se opone a la categoría como la asimilación al análisis diferencial y a la seriación. A nivel de la identificación intelectual nos encontramos con la misma tendencia. Cada objeto parece en sí mismo indiscomponible. Pero puesto que conocer no consiste sino en establecer relaciones, es necesario que al objeto enunciado se le añada un segundo término. Ocurre que el niño no sabe sino unirlo a sí mismo bajo la forma tautológica de A es A. Esto no plantea dificultad

ninguna: se da una simple toma de conciencia sin avance del conocimiento. Sin embargo, lo más frecuente es la analogía: un encuentro más o menos fortuito, un nexo existencial de causalidad, de reciprocidad, el sentimiento de un contraste o de un parentesco, a veces incluso simples razones verbales que hacen asociar dos objetos" (Wallon, 1987, p. 234).

Si no hay distancia, desdoblamiento, no puede haber avance. Ahora se trata de reconocer: reconocer y poner en relación con lo nuevo, con las imágenes y las nociones que las completan. Se unen íntimamente indiferenciadas y o se asimilan o excluyen mutuamente y en su totalidad, en la alternativa básica: el sí y el no. "Cuando prima la asimilación en una cupla, cada uno de sus términos está como confiscado o bloqueado por el otro, con lo que su presencia en otra cupla se hace imposible, puesto que comporta incoherencias de las que el niño no sabe salir, a menos que no se limite a padecerlas y permita a cada objeto cambiar de propiedades y de identidad en función de las distintas cuplas con las que se combine. Así le sucede al niño para el que el pollito sale del huevo y el huevo de la gallina, pero que es incapaz de admitir que la gallina salga del huevo aunque ignore que la gallina ha sido antes pollito. La atracción que une al huevo por una parte con el pollito y por otra con la gallina, es una atracción muy fuerte y exclusiva como para que pueda servir de rasgo de unión entre ellos. El niño, por su parte, está como escindido entre dos especies diferentes: el huevo pollito y el huevo puesto. Pero la disociación no es la única eventualidad posible. También puede producirse el efecto contrario, es decir, una contaminación entre dos cuplas que tienen un término común, de manera tal que entre los dos térmi-

nos que se diferencian tiene lugar una asimilación a veces barroca por la eliminación del término común. Así sucede, por ejemplo, en la cupla "la luna es negra", donde hay eliminación o síncope de noche, término común a las dos cuplas: luna-noche, noche-negra. Así sucede en la cupla viento-calor por síncope de frío, término común a las dos cuplas: viento-frío, frío-calor. También en el caso de noche-despertarse por síncope de dormir, término común a las dos cuplas: noche-dormir, dormir-despertarse. Lo mismo en "el humo es el paraíso" por eliminación del término común a las dos cuplas: humo-cielo, cielo-paraíso. Lo mismo sucede, por fin, en la asimilación pájaros-pelos por síncope de plumas, que pertenece a las dos cuplas: pájaros-plumas, plumas-pelos. Puede que estos ejemplos parezcan extraños, excepcionales. Pero no son más extraños que el hecho contado por Renou a propósito de un gramático hindú: "de esta forma se ve a Mamata enseñar que la palabra vasta (vestido) debe significar "cielo", porque la palabra ambara, que también significa vestido, tiene a "cielo", como concomitante: vasta-ambara, ambara-cielo". Se pone así de manifiesto cómo, para el niño y en algunas civilizaciones, el lenguaje puede ser un objeto en sí mismo; como los demás, de forma tal que su análisis permitiría descubrir las cualidades, diferencias o parentescos entre las cosas. El niño descifra el enigma de las palabras de la manera más realista. Pero por regla general el adulto no presta atención alguna a los frecuentes despropósitos infantiles; no es capaz de ver en ellos más que la incapacidad fortuita o bromas sin sentido, cuando en realidad se trata de un pensamiento en proceso de búsqueda. La actividad de las cuplas puede incluso mantenerse en el adulto como un mecanismo elemental y casi-automático del pensamiento.

Pero está bajo un control que sólo se afloja en algunos casos patológicos. Pueden entonces hacer su aparición estas extravagantes asociaciones que parecen sorprender al sujeto tanto más cuanto que ignora su origen y busca su significado como si de un misterioso mensaje se tratara. En enfermos "perseguidos" el lenguaje retoma una especie de realismo enigmático y adivinatorio" (Wallon, 1987, p. 234-235). Jugar con el lenguaje es una manera de emocionarse pensando. En la medida en que es compartido vuelve sobre sí mismo y se recrea y materializa en actividad humana: desde la repetición, al desdoblamiento y a los subsiguientes, y su eficacia, que se prolonga en términos de predicción. La aprensión ante la incertidumbre del momento matiza las actitudes del miedo y las hace futuro en el tono que prolongan. En el polo contrario, la seguridad prolonga el placer al comportamiento y su elegancia en su vuelta al espacio psicomotor. Crecer, cambiar es una tarea muy compleja.

Las cuplas comparten con el silogismo la necesidad del tercer elemento, pero la dirección en la que lo hace cada una les opone: las unas ignoran el elemento común, mientras que en las otras, el otro, el diferente, resalta y su diferenciación es progresiva porque detrás de cada objeto está la clase a la que pertenece y puede ser representado espacialmente, como áreas asociadas de diferente forma en sus diferentes modalidades. Se trata de representar, relacionar y diferenciar. "Entre los términos de las cuplas hay una simple coalescencia; no implican otro espacio que el suyo propio, como sucede con dos objetos simplemente enlazados entre sí. La cupla que expresa su relación es habitualmente de las más neutras y se confunde con una imprecisa afirmación de conveniencia

o de identidad. La cupla se puede también oponer a la serie. Uno de los rasgos característicos del pensamiento por cuplas es que se forma como moléculas, que es islotes disjuntos. Puesto que los términos no se relacionan más que consigo mismos, su orden se invierte fácilmente, no están orientados en el espacio. Así, por ejemplo, da igual colocar el más pequeño de dos bastones a la derecha o a la izquierda del mayor; pero si son tres los bastones que hay que alinear en función de su tamaño, es necesario elegir una orientación y mantenerla. Tres términos implican necesariamente una serie y la serie tiene una orientación. Pero este nivel de pensamiento no es accesible a los niños muy pequeños. La edad en la que se logra varía según el objeto sobre el que el pensamiento se aplique. Inversiones entre la causa y el efecto, entre el término activo y el término pasivo, pueden observarse en niños de 8 a 9 años." (Wallon, 1987, p. 234-236).

La coalescencia es coalición que supone desarrollo conjunto, alianza, apoyo alternativo con los socius materiales, sujetos y objetos, y los de pensamiento, conceptos, ideas, nociones, en su dimensión actitudinal y aptitudinal. No será mientras no pueda manejar simultáneamente tres elementos para ser inmediatamente reducidos a dos relacionados por lo que les es común o alternativamente les separa, y que tiene que ver con su dominio de las características propias del objeto. "El niño puede ser sensible a una relación constatada entre dos objetos que, en ese caso, forman para él una especie de unidad comparativa o transitiva, pero no es capaz de captar esta relación por sí misma ni, consecuentemente, de hacerla extensible a otros objetos. Será necesario que desarrolle toda una actividad

operatoria para escapar a la dominación del objeto y para distribuirlo o clasificarlo entre otros ya sea en el espacio, ya sea en un campo sensorial o perceptual cualquiera. No es sino a través de una gradación como el niño pasa del pensamiento precategorial al pensamiento categorial en todas sus formas: analítico o nocional, o constructivo y causal." (Wallon, 1987, p. 236). Las categorías avanzan gradualmente a base de operar con ellas, de ejercicio y su futuro potencial incluye la complejidad como horizonte: serán tesis, hipótesis, en permanente búsqueda de la síntesis. Si perduran más que lo estrictamente necesario, se fijan e involucionan con el paso del tiempo. Si se animan con la distancia hasta la realidad del momento, profundizan en su conocimiento y se transforman, para seguir oponiéndose a ella más eficazmente. Pero ésta tiene sus propias reglas. Es imprevisible. Aceptar la imposición es poder asumirlo como punto de partida, como fugaz impresión de seguridad, que enfrenta a la suya, a la inmediatamente anterior, y que puede aplacar o no, de manera que produce siempre una nueva síntesis, generando al automatismo del pensamiento. Una nueva hipótesis con la que vuelve a la realidad en búsqueda de nueva síntesis y de ganarle. La casualidad se transforma en causalidad, dando pistas sobre su siguiente, y la siguiente, y la otra. Y así se desarrolla el conocimiento humano en todas sus direcciones: en pos del dominio que la realidad le impone.

En psicomotricidad tratamos de acompañar y enderezar el desarrollo de y en la infancia. El cuerpo biológico evoluciona a cuerpo psicomotor: su movimiento da sustento y forma a la actividad que desarrolla, siempre física, afectiva y cognitiva, a la vez y en diferentes intensidades, mientras la madu-

ración funcional permite su estructuración, su materialización, y apunta su futuro. Utiliza múltiples instrumentos cuya pericia se debate entre la participación emocional, más o menos bruta y su exposición al entorno actual. El cuerpo, la persona, no deja de expresarse en la sala, consigo misma y lo demás, lo que no es ella. Nuestra posición en esa constelación es privilegiada: somos autoridad natural, y además somos seguridad emocional que acompaña y endereza ese permanente acto de pensamiento en sus múltiples formas. La comprensión de la producción infantil precisa observar ciertas distancias que pone en juego: la distancia emocional, la distancia física o la distancia simbólica que establece cada criatura, cada vez que lo hace, y comprenderlas, y sólo así puede ser eficaz nuestra intervención. Solo necesita la compañía precisa para aceptar la realidad que se le impone, trasladar la agitación a otro registro o a otro ritmo que le permita dominarla, compensándola, hasta una nueva aproximación. El reestablecimiento del equilibrio, de nuevas posturas y actitudes para el enderezamiento, precisa una cupla muy sutil. Una envoltura placentera en la calma, en la inmovilidad, incluso en la quietud ante la eventualidad de la vida. Sus alternativas y correspondientes opciones en su devenir añaden expectativa y actitud a la aptitud y a su materialización concreta. Nos corresponde aceptar compartir el vértigo que abandonar el propio equilibrio en cada distancia nos plantea. Si sentimos que nuestra seguridad emocional es en nosotras, a pesar de la intensidad o el contenido de la emoción a aceptar, podemos vivir el vértigo. Somos contención. Prodigamos nuestro tono físico en tono mental que anima la comprensión y guía el acompañamiento. La calma emocional y la expectativa de su con-

tinuidad nos acompaña. Seguimos tomando posición ante lo real de hoy mismo como psicomotricistas en el universo que nos corresponde, y que a comienzos del S. XXI, se prolonga hasta muy lejos. Hasta lo virtual, pero que por ser humano, hunde sus raíces sobre un fondo emocional común del que necesariamente todas participamos desde nuestra propia virtualidad.

A la psicomotricidad le corresponde seguir avanzando en la comprensión de cada realización concreta de y en cada criatura, y en todas, sesión tras sesión, curso tras curso. Y vuelta a empezar desde las distancias más cortas y las envolturas más físicas hasta mayores distancias, y sus entramados, envolturas de seguridad más simbólicas, más culturales que pensamos y jugamos en la sala, y que establecemos en relación a otras envolturas propias del siguiente espacio, el espacio ideatorio, profesional o ideológico, que es el que corresponde al conjunto de la actividad virtual humana, ahora dentro de la sala de psicomotricidad. El vértigo ante nuestro propio desequilibrio se transforma en placer en la fusión con nuestra historia y su cómputo actual, en ejercicio de nuestra seguridad emocional, que ante la novedad, siente que puede con ella y actúa en consecuencia. Si el placer reestablece el equilibrio en ese fondo de seguridad íntimo, se prolonga a su espacio próximo, el del diálogo tónico con la criatura, a la que acompaña hasta finalmente la separación; y volvamos a su propio espacio próximo y en él, ejercitemos nuestros permanentemente renovados automatismos. Siempre van a ser los adecuados a la capacidad, por lo que nos siguen informando sobre ella en su actualización concreta. Si el desajuste con la realidad se produce de nuevo, nos vuelve a señalar una necesidad y nuestra

tarea. La separación cierra cada vuelta que ensayamos por la realidad. Realidad y pensamiento, unidos e idénticos, y separados y diferentes a la vez, en una pugna permanente. Es adoptar las posturas adecuadas para que el equilibrio acoja la dificultad, la acompañe y la enderece hasta finalmente desdoblarse y separarse tras en un fondo de placer que abre a la rea-

lidad de nuevo; creciendo todas mejor, cada una a su nivel. Para vivir mejor, para sobrevivir a las exigencias de la realidad que nos toca, generación, tras generación.

El movimiento es vida.

Eskerrik asko!, ¡Muchas gracias!

Bibliografía

WALLON, H. (1984). Psicología del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo infantil. (2 vols.). Aprendizaje. Madrid.

WALLON, H. (1987). Psicología y educación del niño. Una comprensión dialéctica del desarrollo la educación infantil. Aprendizaje. Madrid.

WALLON, H. (1938). La vida mental. Crítica. Barcelona. 1980.

WALLON, H. (1941). La evolución psicológica del niño. Crítica. Barcelona. 1976.

WALLON, H. (1942). Del acto al pensamiento. Psique. Buenos Aires. 1974.

WALLON, H. (1978). Educación y psicología. Infancia y aprendizaje. 3. 79-84.